

SAGA MAGIC EX LIBRIS

A CONTRALUZ

LIBRO 3



Hines, Jim C.

A contraluz / Jim C. Hines. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2025.

496 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Cynthia Leskovec.

ISBN 978-950-02-1557-2

1. Novelas de Ciencia Ficción. 2. Literatura Infantil y Juvenil. 3. Magia.
I. Leskovec, Cynthia, trad. II. Título.
CDD 813.9283

A contraluz

Título original: *Unbound*

Copyright © 2014 by Jim C. Hines

Esta edición se publica por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc.
a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Traductora: Cynthia Leskovec

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Luciana Bertot, @lulybot

Armado de interior: Claudia Solari

1ª edición: enero de 2025

ISBN 978-950-02-1557-2

Impreso en Talleres Trama,

Pasaje Garro 3160, CABA,

en enero de 2025.

Tirada: 2.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro. El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



A
CONTRALUZ

JIM C. HINES

 Editorial El Ateneo



Me llamo Bi Wei. Nací en la dinastía Ming, poco antes de la supuesta muerte de Johannes Gensfleisch Gutenberg, el hombre al que hoy en día casi todos conocen como el padre de la imprenta.

Conozco a ese hombre no como creador, sino como una poderosa fuerza que mata y destruye. Johannes Gutenberg era un ladrón, un fraude y un asesino.

Gutenberg no murió en 1468, como cuenta la historia. Su cuerpo no fue sepultado en Maguncia, en una iglesia franciscana que más tarde fue destruida, de manera que, muy convenientemente, desapareció toda evidencia de su engaño.

Johannes Gutenberg, al igual que yo, está vivo. Y no está solo.

A fines del siglo xv, Gutenberg fundó una organización conocida como Die Zwelf Portenære. Los centinelas, como se los conoce comúnmente, se dedican a eliminar a todos aquellos que Gutenberg considera posibles amenazas y a mantener la magia en secreto.

Mi tía bisabuela me enseñó el arte de la magia. Toqué el poder de las palabras impresas que mis ancestros habían pasado de generación en generación y sumé al trabajo de ellos las fuerzas que yo misma tenía. Serví a mi familia y a mi pueblo, sin lastimar a nadie.

Sin embargo, asesinaron a la mayoría de mis amigos y familiares el día que Gutenberg atacó nuestro templo. Mis maestros pelearon para darnos tiempo para escapar, pero mi hermano murió protegiéndome. Hasta el día de hoy, camina conmigo en mis sueños. Sabía que la muerte se acercaba y no pudo esconderme su temor, pero estaba decidido a cumplir con su deber.

Gutenberg les ha ocultado muchas cosas. Reescribió la historia, sepultando hechos en forma de mitos y leyendas. Se ha encargado de controlar la magia, de ocultársela a la mayor parte del mundo, y ha cometido atrocidades con el único objetivo de “protegerlos” de la verdad.

Y ha fallado.

Gutenberg y los centinelas han llevado a este mundo al borde de la destrucción. Han despertado al sǐ guǐ jūn duì, el Ejército de Fantasmas. Son los inagotables muertos, esclavizados por quien devorará este mundo. Cada vez son más y más fuertes, y se están acercando. Esperan como tigres en las sombras, ocultos mientras se arrastran, acercándose cada vez más. Sus garras están listas para atacar.

No caben dudas de que se reirán y descartarán mi historia como elucubraciones fantásticas, porque saben que es imposible que pasen esas cosas en el mundo real.

Descendemos de un hombre llamado Bi Sheng, que exploró la magia de los libros siglos antes de que naciera Gutenberg. El grupo Bì Shēng de dú zhě sobrevivió el ataque de Gutenberg a nuestro hogar. Ahora, por fin hemos regresado, y solo queremos que nos dejen en paz. A cambio, les ofrecemos el don de la verdad.

De las computadoras de Gutenberg pudimos extraer la ubicación de todos los archivos de los centinelas: bibliotecas secretas escondidas del

público, que albergan libros y artefactos mágicos considerados demasiado peligrosos para usar la magia.

Investiguen estos archivos con sumo cuidado. Los centinelas se defenderán de las amenazas que perciban. Los engañarán, alterarán sus sentidos y modificarán sus recuerdos. Los he visto hacer todo eso y cosas peores.

Nos matarían por contar estas cosas, pero no pueden seguir ocultando la verdad para siempre. Un amigo de su época me dijo recientemente: “No se puede detener la señal”. Pronto descubriremos si tenía razón.

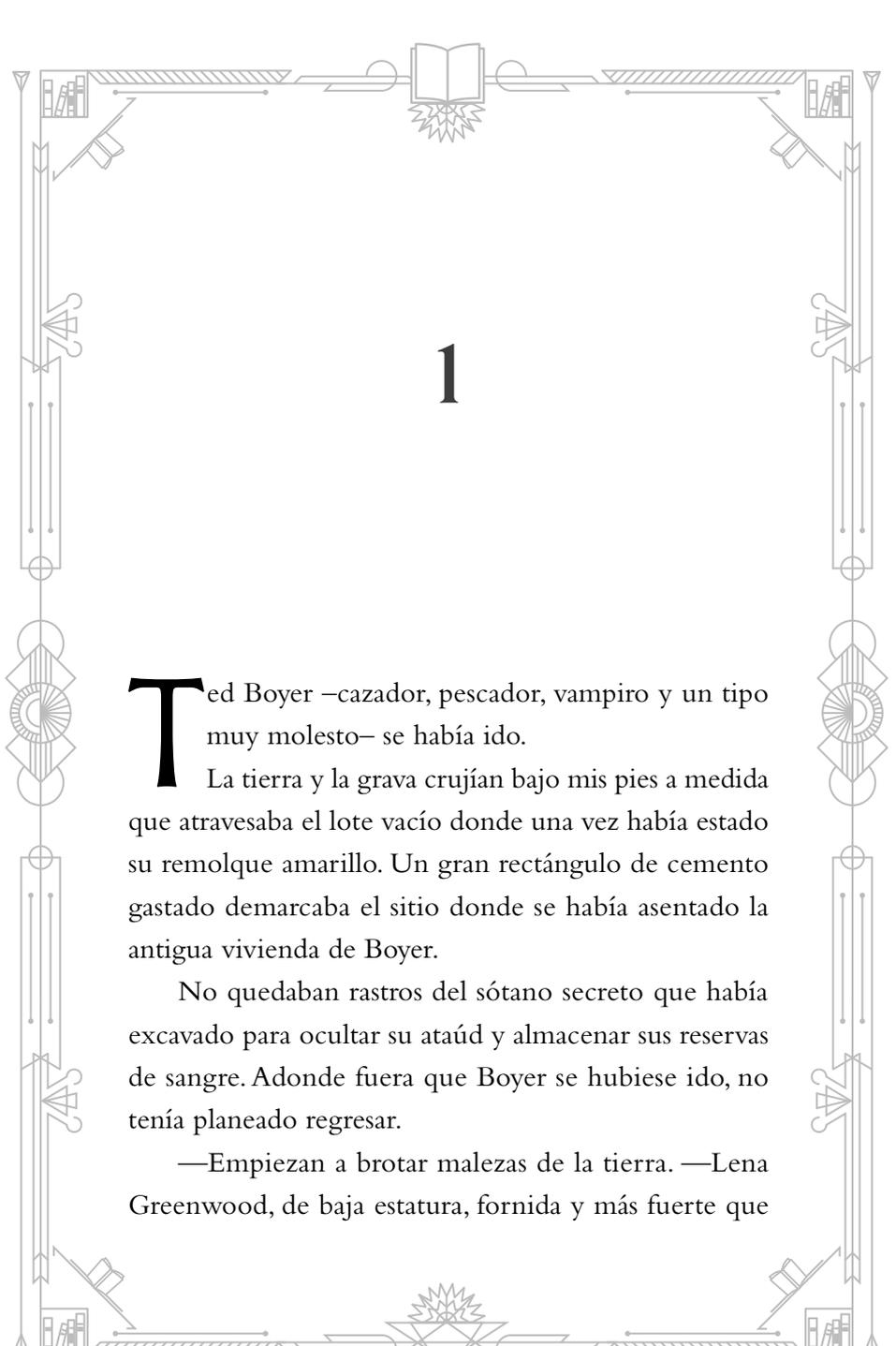
Gutenberg y los centinelas saben que el Ejército de Fantasmas acecha. ¡Dejen de buscarnos y destruirnos, y abandonen las mentiras de hace siglos! ¡Presten atención al verdadero enemigo!

Al igual que Shen Yuanzhi, que, según cuentan, hibernó durante cien años en el palacio Lanchang para engañar a la muerte, nosotros también evadimos nuestro destino. Estuvimos dormidos durante cinco siglos, atrapados, solos con nuestras pesadillas, y nos despertamos en un mundo que cambió.

Es hora de que el resto del mundo haga lo mismo. Es hora de que despierten.

Extracto de una carta
incluida en *Danza de dragones*,
de George R. R. Martin





1

Ted Boyer —cazador, pescador, vampiro y un tipo muy molesto— se había ido.

La tierra y la grava crujían bajo mis pies a medida que atravesaba el lote vacío donde una vez había estado su remolque amarillo. Un gran rectángulo de cemento gastado demarcaba el sitio donde se había asentado la antigua vivienda de Boyer.

No quedaban rastros del sótano secreto que había excavado para ocultar su ataúd y almacenar sus reservas de sangre. Adonde fuera que Boyer se hubiese ido, no tenía planeado regresar.

—Empiezan a brotar malezas de la tierra. —Lena Greenwood, de baja estatura, fornida y más fuerte que

cinco seres humanos juntos, estaba tan cansada como yo. Se agachó en el cemento y tocó uno de los ínfimos parches verdes—. Se fue hace por lo menos una semana.

En la época en que yo era agente de campo de los centinelas, me hubiese encantado saber que Ted se había marchado de Marquette y de la Península Superior de Michigan. De esa manera, alguien más tendría la responsabilidad de controlarlo y hacer explotar la bomba que habíamos instalado en su cabeza si los análisis de sangre alguna vez mostraban que había vuelto a alimentarse de niños exploradores.

Pero Ted había vivido siempre en la Península Superior, era terco como una mula y estaba decidido a pasar toda su vida después de la muerte aquí en Marquette.

—¿Crees que se fue por voluntad propia? —me preguntó Lena.

Me encogí de hombros. Ted no tenía muchos amigos y, a lo largo de su vida, había reunido un considerable número de enemigos. Si alguno de ellos hubiese usado como pantalla el caos del mes pasado para ir tras Ted, podía estar muerto para ese entonces. *Más* muerto, en todo caso. Pero ¿por qué se molestarían en llevarse su remolque y su camioneta? Era más probable que simplemente hubiese querido irse antes de que se destapara todo.

Algunos dirán que el infierno se había desatado un mes antes, cuando Copper River, mi ciudad natal, quedó en medio del fuego cruzado de una batalla mágica tripartita entre los centinelas, el Bì Shēng de dú zhě —un grupo al cual supuestamente los centinelas habían aniquilado hacía más de quinientos

años— y un Ejército de Fantasmas desalmados que peleaban para regresar a este mundo y acabar con... Bueno, prácticamente todo.

Al menos treinta y cuatro de mis amigos y vecinos habían muerto en esa batalla. Luego estaban los centinelas y los hombres lobo que habían caído mientras intentaban proteger Copper River en una batalla que prometía ser apenas la precursora de lo que vendría.

—Sigue buscando. —Me agaché junto a una pila de excremento fosilizado de sabueso, oculto a medias bajo la hierba. Me quedé mirando la pila como si las deposiciones hubiesen convertido esa parte del pasto en un campo minado, como si pudiese usarlas para adivinar adónde se había ido Ted, pero lo único que me indicaban era que habíamos llegado demasiado tarde.

Seguí buscando. Había colillas de cigarrillos desparramadas por el bosque del otro lado de la entrada, donde Ted solía trabajar de noche, despellejando y carneando lo que fuese que hubiese cazado. Encontré algunas latas de cerveza viejas junto a los árboles.

—Isaac... —Lena me escudriñó la cara y luego negó con la cabeza—. Olvídalo.

El odio me tensó la mandíbula. Sabía lo que iba a decir y no quería escucharlo.

El administrador del parque de remolques dijo que a Ted se lo había tragado la tierra. Había dejado un sobre abultado para pagar lo que debía, pero no contenía tanto dinero; parecía que hubiese querido jugarle una treta al administrador para hacerle creer que las cuentas quedaban saldadas. Eso coincidía más con el estilo de Ted y con su presupuesto.

—Tengo que encontrarlo.

—¿Cómo? ¿Quedándote todo el día mirando excremento de perro? Debe de ser una nueva escuela de magia sobre la que nunca oí hablar... Mi novio, el adorador de excrementos.

En otra ocasión me hubiese reído, pero no podría volver a reír ahora que una niña de catorce años había sido secuestrada por el Ejército de Fantasmas. Una niña que podría ser la libromante más poderosa de la historia, con la posible excepción de Johannes Gutenberg. Una niña que estaba bajo mi cuidado y protección.

Jeneta Aboderin tenía la habilidad de la libromancia a través de medios electrónicos. El resto de nosotros necesitaba libros impresos para usar nuestra magia. Nos metíamos entre las páginas para extraer de ellos cualquier cosa, desde pistolas láser futuristas hasta las bebidas gasificadas energizantes de *Charlie y la fábrica de chocolate*, siempre y cuando tuviésemos un ejemplar físico del libro.

Jeneta podía sacar el broche de sinsajo de *Los juegos del hambre* directamente de su teléfono inteligente y llevaba consigo una biblioteca entera en su lector de libros electrónicos. Nadie entendía bien cómo lo hacía ni conocíamos las limitaciones de su poder.

Luego busqué en la tierra del camino de la entrada. Era la tercera vez que estudiaba las manchas oscuras del aceite que había perdido el viejo Ford Bronco de Ted. Conocía a un centinela que podía haber usado esa mancha no solo para rastrear la camioneta de Ted, sino para detenerlo en seco donde fuera que estuviese. También había libros cuya magia podía ayudarme

a encontrarlo... si tan solo hubiese seguido siendo miembro de los centinelas. Pero Johannes Gutenberg había bloqueado mi mente para evitar que volviese a usar la magia.

Cerré los ojos e intenté eludir una ira ya familiar.

—No hay nada aquí —murmuró Lena.

—Ya lo sé. —Respiré hondo y lentamente para tratar de disolver la bola del tamaño de una nuez que sentía en la garganta—. Tendremos que pedirle ayuda a alguien más. Ted no es el único que puede tocar la mente de las personas.

—¿Realmente quieres que ese hombre se meta en tus pesadillas?

—La vi, Lena. —Dos noches antes, me había despertado de un sobresalto. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y, con las manos, intentaba alcanzar un poder que ya no poseía. Ese recuerdo me había acechado durante dos días y se burlaba de mí en cada rincón.

—¿A Jeneta?

—A la mujer que se la llevó. —El nombre aparecía volando como una libélula y luego desaparecía antes de que pudiera asirlo—. Sé quién es, pero algo está bloqueando mi memoria. Necesito ayuda. Alguien que me ayude a recordar.

Sobre los ojos de Lena caían mechones de cabello negro. Esos labios apretados dejaban ver la preocupación y la impotencia que sentía junto con un poco de escepticismo. Era una expresión que había llegado a conocer muy bien en el transcurso del último mes.

Tenía puesta una camiseta verde holgada con las mangas y el cuello cortados. Una inscripción con letras amarillas y

contendientes que decía “Abrazo árboles” le atravesaba el pecho. Iba armada con un par de espadas curvas de madera —*bokken* japonesas— que colgaban del cinturón que le sujetaba los pantalones cortados.

Sentía calor en la zona de mis caderas. Desde el interior de la jaula metálica que tenía enganchada al cinturón, Smudge miraba la carretera como esperando que una horda de zombis apareciera de la nada en el pavimento y nos devorara. Llamadas rojas apenas visibles se elevaban del lomo de mi araña de fuego. Una capa de fibra de vidrio negro resistente al fuego en el costado de la jaula impedía que me agujereara los pantalones.

14

Lena se dirigió al otro lado del lote mientras yo regresaba a la frágil seguridad de mi automóvil. Los encantos protectores del Triumph 6 convertible negro eran más fuertes que cualquier cosa que pudiese haber preparado yo mismo, incluso cuando podía hacer magia. Esperé junto a la puerta del acompañante y busqué cualquier indicio de lo que había activado a Smudge esta vez.

No había zombis, pero sí un hombre que blandía un bate de béisbol. Me llevaba por lo menos trece centímetros y siete kilos, y tenía una mirada torva.

—¿Qué buscan?

Normalmente habría intentado ganarme a este tipo con mi elocuencia, inventando una historia que explicara nuestra presencia sin levantar sospechas. Pero ya no tenía ninguna razón para preocuparme por mantener un perfil bajo y, como decía un compañero de trabajo, mi indicador de “me importa un comino” últimamente estaba estancado en “Vacío”.

—A Ted Boyer. ¿Lo ha visto?

Se apoyó el bate en el hombro y envolvió el mango cubierto de cinta negra con las dos manos.

—Ted dijo que era posible que viniese gente a husmear en sus asuntos para molestarlo.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo? —Lena no había tocado sus armas. No las necesitaría contra un hombre armado con un bate.

—Lo que sé es que será mejor que se vayan de aquí antes de que cuente hasta cinco.

De la guantera saqué una pistola. El hombre abrió bien grandes los ojos.

—¿Sabe adónde fue Ted Boyer? —repetí.

—No dijo nada.

—¿Y Ted le pidió que amenazara a cualquiera que viniese o esa fue idea suya? —Tiré del gatillo sin siquiera esperar una respuesta. Salió un fogonazo del cañón que le cubrió el cuerpo con un capullo de electricidad. Se desplomó de cara al pasto, y el bate cayó al piso junto a él.

—¡Isaac, ¿qué diablos haces?! —Lena corrió hasta él.

—La pistola había quedado en la primera configuración. —Pestañeeé para eludir la imagen que había quedado de la luz recortada. El ozono me hizo arder las fosas nasales—. Va a estar bien.

Había creado mi arma a partir de una novela llamada *Reyes del tiempo*, antes de que Gutenberg me bloqueara la magia. Aunque a simple vista parecía un revólver común y corriente, la pistola de electrochoque tenía un mecanismo de disparo en dos etapas. Primero disparaba una pequeña bala ionizada y, una

fracción de segundo después, el rayo, que podía ser desde un destello de luz deslumbrante hasta una explosión intensa que haría sacudir la Tierra.

—¿Estás seguro? —Lena controlaba el pulso y la respiración del hombre—. ¿Te fijaste que no tuviera un marcapasos antes de electrocutarlo? ¿Revisaste su historia clínica para ver si tenía alguna enfermedad preexistente?

Sentí como si se hubiese metido en mis entrañas y anudado mis intestinos.

—Se lo veía saludable... —Esa fue una excusa estúpida, y lo sabía—. ¿Está bien?

—Parece que sí, teniendo en cuenta que acabas de dispararle un rayo. —Pasó los dedos por la parte quemada de la camisa—. ¿En qué estabas pensando?

—En que él no sabía nada, y no teníamos tiempo para esto.

—Ah, ¿tienes planes esta noche? ¿Otra noche emocionante escondido en tu oficina con tus libros, aislado del mundo?

Quería disculparme, quería que Lena siguiera discutiendo conmigo y quería que me dejara en paz de una vez. Ya no sabía qué quería, salvo encontrar a Jeneta y enmendar todo lo que había salido mal.

Di la vuelta hasta el asiento del conductor.

—Aquí no hay nada. Vamos.

Como un delincuente en libertad condicional, se suponía que Ted tenía que avisar a los centinelas si se mudaba, pero yo ya no tenía acceso a la base de datos de los centinelas. Era posible que ni se hubiese molestado en hacerlo, confiado en que los centinelas estarían demasiado ocupados con el Ejército de

Fantasmas para preocuparse por un vampiro solitario. Si era así, le convenía encontrar rápido en el mercado negro de la magia a alguien que desactivara la bomba que tenía en la cabeza antes de que se dieran cuenta de que había desaparecido.

Abrí la jaula de Smudge para que se posara sobre el tablero del auto. Una placa de piedra protegía el tablero del calor que emanaba. Me miró atentamente, con el cuerpo agazapado. Para ser una araña negra y roja con cierta afición por incendiar cosas, Smudge era sorprendentemente expresivo. Ya no le preocupaban los desconocidos que llevaban bates de béisbol. Yo era el único que lo ponía ansioso.

La tensión abandonó mi cuerpo, y la culpa y el cansancio reemplazaron el enojo. Agaché la cabeza sobre el volante con un golpe. Debería haberme disculpado por asustar a Smudge, por enojarme con Lena. Por muchas cosas.

—Encontraremos a alguien más. —Lena se sentó junto a mí—. Hay otros vampiros que te deben favores, sin mencionar a los centinelas...

—Los centinelas tienen prohibido hablarme —le recordé—. Tampoco tengo la mejor de las relaciones con los muertos vivos. La última vez que les pedí ayuda, varios de ellos terminaron hechos polvo, incluido uno con una muy poderosa capacidad de hablar con fantasmas.

—Los centinelas también están buscando a Jeneta. —No dijo nada más, pero esas siete palabras tenían el peso de horas de discusiones pasadas.

¿Qué podía hacer un bibliotecario sin poderes mágicos propios que no pudieran hacer los secuaces de Gutenberg? Los

centinelas contaban con magia y una red mundial de cientos de libromantes y otros usuarios de magia para encontrar a Jeneta. A lo que yo siempre respondía: “Entonces, ¿por qué no la encontraron todavía?”.

Encendí el motor y salí a toda velocidad.

Atravesar Copper River significaba recordar uno tras otro los daños que el Ejército de Fantasmas le había hecho a mi hogar. Los centinelas habían reparado gran parte de la destrucción, con la esperanza de enterrar la evidencia de los hombres lobo, los wendigos y la magia. No podían resucitar a los muertos, pero habían vuelto a construir casas y reescrito recuerdos.

A veces deseaba que hubieran reescrito los míos. A la derecha estaba la farmacia, donde habían encontrado el cuerpo de Becky Luthtala detrás del mostrador. A una cuadra se encontraba la intersección donde Phil Gutzman había muerto cuando su camión se estrelló contra un dragón metálico hecho de equipo de minería animado por la magia.

Cada calle conjuraba recuerdos de insectos de metal, con sus pinzas dentadas que me desgarraban la piel, o monstruos de pelaje blanco que golpeaban puertas y ventanas. Recordaba cada uno de los detalles, salvo la identidad del responsable.

Cuando llegué a mi calle, tenía el cuello y los hombros tan tensos como acero. Sentí que conducía por una zona de guerra. Allí fue donde los árboles se habían vuelto contra mis vecinos y habían aplastado techos y arrasado con casas enteras. Una dríada llamada Deifilia, otra sirvienta del Ejército de

Fantasmas, habría torturado y asesinado a todos en mi cuadra si Lena no la hubiese matado.

A pesar de todo lo que los centinelas habían hecho para borrar el daño, había carteles de “EN VENTA” en al menos cinco patios distintos.

Mi casa estaba intacta. Desde afuera, el revestimiento de aluminio sucio y el techo de metal no mostraban señales de nada inusual.

La historia era otra al poner un pie adentro. Libros, mapas e impresiones desordenadas cubrían la mesa de la cocina. Mi computadora portátil estaba en el centro; una sola luz LED naranja titilaba como cansada. Parecía que la computadora se había emborrachado y había vomitado una copiosa cantidad de papeles y notas adhesivas.

Volví a poner a Smudge en su terrario en el borde de la mesada de la cocina. Eché unos grillos adentro, puse de nuevo la tapa y encendí la lámpara de calor. Corrí a cavar un pequeño nido en la grava de obsidiana en el centro del haz de luz.

Lena sacó un paquete de pastelitos rellenos de crema del refrigerador. Tomaba la mayor parte del alimento a través de su árbol; todo parecía indicar que su dieta humana no tenía ningún efecto sobre su salud o su psiquis, y se aprovechaba descaradamente de eso. De todos modos, por qué prefería que los pastelitos estuviesen congelados era todo un misterio. Abrió el paquete y me ofreció uno.

—No tengo hambre. —Por el rabillo del ojo, vi que parpadeaba una luz roja en la base del teléfono que indicaba que había un mensaje nuevo.

Lena siguió mi mirada y su alegría forzada se desvaneció.

—No tienes que escucharlo ahora.

—Sí.

Los dos sabíamos de quién era el mensaje. Pensé en borrarlo, pero les debía esto al menos. Y mientras más esperaba, más se burlaba de mí esa luz roja. Presioné el botón. La máquina hizo un bip y luego empezó a hablar una mujer con acento británico. Era una voz que había llegado a conocer tanto como la mía.

—Señor Vainio, soy Paige Aboderin, otra vez. Sé que dijo que me llamaría si sabía algo más de Jeneta, pero han pasado semanas desde la última vez que hablamos.

20

Sobre la mesa, en algún lugar, había una copia del documento que Paige y Mmadukaaku Aboderin habían firmado a principios de este año para autorizar que su hija pasara el verano en el campamento Aazhawigiizhigokwe. Otro formulario autorizaba a Jeneta a trabajar conmigo en una pasantía de verano en la biblioteca de Copper River, una pasantía que implicaba mayormente estar sentada en mi patio practicando magia mientras yo intentaba entender su poder.

—Contratamos a un investigador privado para buscar a Jeneta. Tiene copias de todo lo que usted compartió con nosotros, pero es posible que le haga un llamado de seguimiento.

Jeneta tendría que haber estado a salvo. El campamento Aazhawigiizhigokwe se hallaba suficientemente alejado de Copper River para impedir que luchara, y los centinelas habían asignado a un agente de campo llamado Myron Worster para vigilarla, por las dudas.

Habían encontrado a Worster un día después, dando vueltas sin rumbo por el aeropuerto de Detroit, sin el mínimo recuerdo de quién era Jeneta o dónde podía estar. Recordaba que había recogido a alguien del campamento, pero los detalles se habían borrado por completo de su mente, y ni siquiera los centinelas más poderosos habían logrado recuperarlos.

—Iré a Michigan a fin de mes —continuó Paige Aboderin—. Creemos... Esperamos que la policía haga algo más para encontrarla si volvemos a verlos en persona.

Habían volado inmediatamente después de la desaparición de Jeneta. Paige se había quedado en Detroit mientras que Mmadukaaku había alquilado una habitación en un hotel aquí en Copper River para poder hablar con todos los que habían visto a Jeneta o habían interactuado con ella antes de su desaparición.

Cada vez que hablaba con ellos era más difícil mentirles, simular que no tenía idea de qué le había pasado a su hija o intentar reasegurarles que Jeneta estaría bien. Nunca me culparon, aunque yo era la razón por la que Jeneta había regresado a Copper River. Fui el centinela asignado para trabajar con ella, para entender su magia y para enseñarle a controlarla. Fui la razón por la cual el Ejército de Fantasmas la encontró. En lo que fuera que se hubiera convertido, lo que fuera que hicieran con su poder...

—Los investigadores creen que Jeneta todavía está en Michigan. Sabemos que no salió de la ciudad en ningún vuelo.

Mentira. Solo sabíamos que el aeropuerto no tenía registro de que hubiese abordado ningún vuelo. Con su magia y

el poder de nuestros enemigos, eso no significaba nada. Podía estar en cualquier parte del mundo.

Me obligué a escuchar las palabras lentas y precisas de Paige. Podía imaginarla de pie frente a la clase, dando clases de poesía a los estudiantes avanzados de la universidad.

—Mmadukaaku cree... —Se le quebró la voz—. Dijo que es posible que haya habido un error cuando el coronel identificó los cuerpos en Copper River el mes pasado. Cree que es posible que hayan enterrado a nuestra hija. Mi idea es revisar todos los informes y las fotografías. Esperaba que pudiera ayudarme. Está familiarizado con... con lo que pasó, y Mmadukaaku dijo que, de todos los que conoce, usted es quien más rápido lee.

Se la oía más decidida que nunca a encontrar a su hija, pero la fuerza de sus palabras se había debilitado. No podía ni imaginar lo difícil que era para ella volcar todos los recursos disponibles para tratar de encontrar a su hija, sabiendo que quizá no era suficiente para recuperarla. Admitir que tal vez ya era demasiado tarde para salvarla.

Esta era la primera vez que los escuchaba reconocer la posibilidad de que Jeneta estuviera muerta. Quizá tenían razón. Pero, si la tenían, no había sucedido durante el ataque a Copper River.

—Por favor, llámenos si sabe algo. —Dejó su número, que ya me había aprendido de memoria semanas antes. El mensaje terminó. La máquina lo guardó automáticamente, junto con el resto.

—No es tu culpa —dijo Lena.

Me senté a la mesa, encendí la computadora portátil y tomé una lista arrugada de todos los vuelos que salieron del aeropuerto de Detroit el día que Jeneta desapareció. La lista estaba cubierta de pequeñas marcas de verificación, junto con anotaciones sobre mis conversaciones con las azafatas, los pilotos y un puñado de pasajeros que había conseguido rastrear.

Había demasiadas posibilidades, en especial si miraba los vuelos de conexión. No tenía forma de saber los planes del Ejército de Fantasma y, sin más información, ningún destino era ni más ni menos probable que el resto. Lo único que tenía era un video de ocho segundos de una cámara de seguridad donde se veía a Jeneta llevarse una rosquilla de canela de la tienda de una cafetería del aeropuerto.

Estudí una de las impresiones: una foto granulada donde se veía a Jeneta tomando la rosquilla. Tenía puesta la misma ropa que llevaba en el campamento, y no parecía cargar equipaje, aunque tal vez este se encontrara fuera del campo visual de la cámara.

Jeneta tenía su teléfono celular en la otra mano. La gente que la rodeaba miraba en distintas direcciones sin ver nada en particular, lo que sugería que ella había usado algo de magia. O que lo que fuera que se la llevó sabía usar magia, lo cual era aún peor.

—¿Hace cuánto que no comes nada? —me preguntó Lena.

Observé un mapa de la aerolínea, intentando ubicar esa cafetería en las terminales de las que salieron vuelos después de tomadas las imágenes.

—Almorcé un sándwich.

—¿Te refieres a este sándwich? —Levantó un plato que había junto al lavabo y hundió un dedo en una triste pila prácticamente íntegra de mortadela, queso y lechuga en pan de centeno—. Voy a pedir una pizza y vas a comer un poco. Fin de la discusión.

Con un suspiro, aparté el mapa y saqué un libro de autohipnosis de otra pila. Lo había sacado de la biblioteca la mañana anterior. Restos de papeles rasgados que hacían de señaladores improvisados sobresalían del borde superior como pequeñas plumas blancas; cada una señalaba una técnica que quizá podría ayudarme a recuperar la memoria elusiva de mis sueños. Ninguna había funcionado hasta el momento.

24

Tenía que hackear mi propio cerebro. Sabía que había visto la cara de nuestro enemigo, la persona o cosa detrás del Ejército de Fantasmas, pero había borrado esa imagen de mi mente y solo quedaba un indefinido vestigio lleno de frustración.

¿Se habían ocultado de mí nuestros enemigos o se trataba de un efecto secundario del candado invisible que Gutenberg había puesto en mi mente para evitar que usara la magia? Conocía a una sola persona que había logrado burlar una de las trabas de Gutenberg, y no estaba listo para probar esa técnica... todavía.

—¿Algún ingrediente en especial? —preguntó Lena.

—Cualquier cosa. —Me puse de pie y tomé a Smudge del tanque—. Voy a estar afuera.

Si me quedaba adentro, iba a terminar descargando mis frustraciones con ella. Lo mejor para los dos era que estuviera un rato solo. También habría dejado a Smudge, si no hubiese sido porque su presencia repelía los mosquitos.

Una robleda transformaba el suelo en una maraña arrugada de raíces y tierra. Si los árboles crecían mucho más, las raíces empezarían a debilitar los cimientos de la casa. El roble de Lena se erigía en el centro del círculo, como una reina protegida por un grupo de guardias. Tenía cicatrices a causa de la batalla del mes anterior: ramas rotas, la corteza tallada y trazos ennegrecidos de madera muerta y rajada.

Fue allí donde Lena había matado a la dríada que la llamaba hermana. Había apuñalado a Deifilia con su espada y la había clavado en el roble central. Se había quedado con Deifilia mientras agonizaba, mientras el árbol lentamente envolvía su cuerpo, una recuperación a la vez emocionante y horrorosa.

Y fue allí donde las mentes rabiosas de las cosas pasadas de nuestro mundo se habían aferrado a mis pensamientos, donde había perdido la habilidad de distinguir la ficción de la realidad, donde había visto... algo, a alguien.

Me detuve entre los árboles. La arboleda amortiguaba los sonidos del mundo exterior, aunque nunca supe exactamente cómo o por qué ocurría eso. Las hojas hacían que el cielo virase a un verde oscuro.

¿Qué habían estado haciendo los centinelas el mes pasado? Todos habían desaparecido después de terminar de reparar el pueblo. Ya no recibía el boletín informativo, y los pocos amigos que había intentado contactar me habían dicho que Gutenberg los había amenazado con hechizarlos si hablaban conmigo. Sospeché que había alguien vigilándonos a Lena y a mí, posiblemente desde una de las casas de mi cuadra que estaban vacías, pero más allá de eso no sabía nada.

Dada la carta que Bi Wei escribió al mundo, revelando la existencia de la magia y de los centinelas, probablemente estaban ocupados aumentando la seguridad de sus archivos o transfiriendo los libros a otro lugar. ¿Cuántos centinelas se estaban ocupando de controlar los daños cuando podían estar localizando a Jeneta o buscando maneras de evitar que el resto del Ejército de Fantasmas invadiera nuestro mundo?

Podía entender el razonamiento de Bi Wei. Los centinelas no solo estaban cazando a Jeneta y a los fantasmas. También la buscaban a ella, y a todos los estudiantes de Bi Sheng. Cuanto más hiciera Bi Wei por desviar la energía de los centinelas, más a salvo estarían.

26

Toqué una cicatriz pálida que atravesaba el costado del robe de Lena. Se descascaró la corteza, y así quedó al descubierto un libro atado con una tela roja. Suavemente tomé el libro del árbol y me senté con la espalda sobre el tronco. Smudge bajó de mi hombro para perseguir una polilla.

Con un suspiro, abrí el libro y empecé a leer. La primera sección del libro estaba en mandarín y se había impreso en xilografía sobre las páginas de papel de arroz hacía siglos. Lena había escrito el resto a mano, con una pluma.

Bi Wei y los estudiantes que lo seguían habían usado libros como este para preservarse luego del ataque de Gutenberg hacía quinientos años. Bi Wei le había dado este a Lena con la esperanza de que también la preservara a ella.

Lena Greenwood era, literalmente, magia traída a la vida, “nacida” de las páginas de una novela fantástica llamada *Las ninfas de Neptuno*. Las ninfas del libro eran apenas un poco más

que la concreción del deseo sexual para los adolescentes excesivamente hormonales. Las ninfas fueron escritas moldeando sus personalidades en base a los deseos de sus amantes.

Años después de su creación, Lena se había encontrado con la doctora Nidhi Shah y se había enamorado de ella. Estuvieron juntas varios años antes de descubrir la verdad sobre los orígenes de Lena. Para ese entonces, Lena se había convertido exactamente en aquello con lo que Nidhi fantaseaba: una superheroína mágica, fuerte, astuta y poderosa.

Pero entonces entró en escena Isaac Vainio, un bibliotecario que usa magia. La relación de Lena conmigo había agregado un elemento de conflicto a su existencia. Por primera vez, no estaba definida solo por un amante, sino por los dos. En medio de nuestros deseos superpuestos, Lena descubrió que podía elegir. Fue lo más cercano que había conocido a la verdadera libertad.

Nidhi y yo nos enfrentamos a los dilemas éticos de nuestra relación. Es posible que Nidhi no hubiese conocido los orígenes de Lena al principio, pero había sido su terapeuta. Había elegido empezar una relación amorosa con una antigua paciente. Si Lena hubiese sido un ser humano, esa opción le habría costado a Nidhi su licencia. Por eso, los centinelas la habían regañado severamente, algo que no me había admitido hasta hacía poco tiempo.

Lena era lo que era. Ni siquiera Gutenberg podía cambiar eso. Sin Nidhi y sin mí, no tendría otra opción más que buscar a alguien más, tal vez alguien que la usase con la misma crueldad con que la usó su primer amante.

Lena dijo que me había perseguido deliberadamente y que me conocía lo suficiente para adivinar mis deseos y dejar que estos

la moldearan. Pero la cuestión seguía siendo que estaba atada a nosotros dos y que, cuando muriésemos, la persona en la que se había convertido moriría con nosotros, subsumida por quien fuese en que se convirtiera a continuación.

Cabía la posibilidad de que este libro de Bi Wei modificara eso. Si funcionaba, lo que Lena había escrito en estas páginas algún día la definiría y le permitiría elegir por sí misma en quién convertirse.

Pero los principios básicos de la libromancia seguían aplicándose. Ningún libro tenía poder alguno si no había un lector. Había leído este libro casi todas las noches el mes anterior, intercambiándolo una y otra vez con Nidhi. No teníamos forma de saber si nuestros esfuerzos servían de algo o si el libro realmente podía cambiar la naturaleza de Lena, pero era la mayor esperanza que Lena había encontrado.

Me froté los ojos e intenté concentrarme. Cada vez que abría un libro, parte de mí esperaba tocar el poder que encerraba el texto, ese poder que esperaba ser usado. Sin embargo, el libro estaba muerto, un cadáver rígido de papel cuya sangre era la tinta seca.

—Esa imagen es demasiado deprimente, incluso para mí —me dije en voz alta. Di vuelta la página y empecé a leer.

Había leído unas cincuenta páginas cuando oí pasos junto a mí. Solté el libro y desenfundé mi arma de electrochoque, aun cuando mi cerebro me indicaba que Smudge me hubiese alertado de cualquier amenaza verdadera.

—Un bibliotecario debería ser más cuidadoso con los libros raros y valiosos. —Nidhi Shah se detuvo pocos metros

antes de llegar a la robleda. Tenía puesta una chaqueta negra sobre una camisa azul, con un collar hecho de discos de cobre entrelazados que tenían el tamaño de los dólares de plata. Las botamangas de su pantalón negro rozaban unas zapatillas azules. Seguramente venía directamente del consultorio. No me había dado cuenta de que ahora trabajaba los fines de semana.

Mientras yo levantaba el libro, ella se sentó frente a mí. Podía sentir cómo analizaba mi postura, la tensión en mi cuello y la mandíbula, la forma en que había saltado cuando oí que se acercaba. Nidhi había sido mi psiquiatra por años y, aunque esa relación había cambiado, se mantenían algunos viejos patrones.

—Lena me contó acerca de Ted —me dijo—. Lo siento.

—No puedo culparlo por huir. Muchas personas, e incluso “no personas”, se han escondido a esperar que todo explote. El problema es que no creo que eso pase.

—A Gutenberg le gusta decir que la mayoría de las personas no concibe el concepto del cambio. Nuestra corta perspectiva de vida y la escasa memoria intergeneracional crean la ilusión de estabilidad. —Hizo girar el anillo de plata trenzada que tenía en la mano derecha, un regalo de Lena—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes seguir...?

—Detente. —Miré hacia la tierra, luchando por controlar mi ira—. No soy un centinela y tú no eres mi terapeuta.

—Ya lo sé. —Hubo un dejo de dolor y reproche en las palabras que siguieron—. Ya no tengo ningún cliente centinela, ¿recuerdas?

Más de la mitad de los pacientes de Nidhi habían sido seres mágicos, desde un hombre lobo incapacitado con un trastorno

de ansiedad hasta libromantes que jugaban a ser Dios con tanta frecuencia que comenzaron a creer en su propia divinidad. Pero, a los ojos de los centinelas, Nidhi era parte de la familia. La amante de mi novia es mi... No sé exactamente cómo la clasificaban, pero la habían echado el mismo día que a mí.

—Si fuese tu terapeuta —continuó—, probablemente estaría hablando acerca de cómo estás haciendo el duelo de la magia que perdiste. O tal vez señalaría que tu insistencia en culparte por lo que le pasó a Jeneta sugiere un sentido irrealista de poder, así como un ego excesivamente desarrollado. También te recetaría por lo menos cincuenta miligramos de Zoloft.

30

Esta no era la primera vez que me decía eso.

—No soy suicida y, si estoy un poco deprimido, diría que tengo una buena razón. Ahora mismo, lo último que necesito son drogas que jueguen con mi cerebro.

—¿No crees que la depresión ya lo ha hecho? —preguntó con amabilidad.

—Si algo jugó con mi cabeza, fue Gutenberg.

—Ah, bien. Entonces estamos de acuerdo en que estás un poco confundido. —Esperó un segundo y suspiró—. ¿Hace cuánto que no te ríes? —Me encogí de hombros—. Lena dice que tienes problemas para dormir, y veo que bajaste de peso. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—Leí el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. También conozco el criterio de diagnóstico para la depresión —lancé—. Esto es diferente.

—Y yo leí *Anatomía de Gray*, pero no me convierte en cirujana. —Suspiró y se puso de pie para irse—. Oh, casi olvidado

que vine a decirte algo. Encontré a alguien que podría ayudarte a descubrir esos recuerdos de tus sueños. —Dejé el libro de Lena a un lado, esta vez con mucho cuidado, y me levanté de un salto—. Hace rato que no trabajo con ella, pero estoy al tanto de sus investigaciones. Lo mejor de todo es que está a apenas unas horas de aquí.

—¿De quién hablas? —Cuando no respondió, me crucé de brazos—. Vamos, Nidhi.

—Primero, guarda ese libro y ven a comer. Después te cuento. —Se dirigió a la entrada.

—¿Desde cuándo los terapeutas chantajea? —pregunté.
Se dio vuelta e inclinó la cabeza.

—Como bien dijiste, ya no soy tu terapeuta. Te veré en la cena.

Beijing— Finalmente se revelaron nuevos detalles acerca de lo que pareció ser un robo hace tres semanas en la Biblioteca Nacional de China. Las autoridades confirmaron que seis personas fueron asesinadas y otras trece, hospitalizadas.

Los primeros informes describieron a los perpetradores como “inhumanos”. Según dicen, el cabello de uno de ellos parecía una maraña de serpientes vivas, similar a la legendaria Medusa. Su compañero medía cerca de tres metros y medio y era suficientemente fuerte para partir ladrillos con las manos. Algunos testigos oculares aseguraron que una adolescente acompañaba a la pareja.

La red social Xīnlàng Wēibó, un microblog chino similar a Twitter, se ha encendido con especulaciones. Las teorías van desde una acción terrorista hasta una misión de la CIA que salió mal. Sin embargo, la biblioteca anuncia que al parecer el objetivo principal de los atacantes fue un centro de restauración de libros exóticos. La mayoría de los libros y los pergaminos almacenados allí tiene cientos de años.

El sitio web de la biblioteca ofrece una lista parcial de los elementos faltantes, entre ellos obras de importancia religiosa, histórica y mitológica. Un incendio que comenzó en la sección de los libros extraños dañó cientos, tal vez miles, de otras obras. No se sabe si los atacantes iniciaron el fuego de manera deliberada.

Hay quienes especulan con que este robo y la apariencia sobrenatural de los perpetradores están relacionados de alguna

manera con un mensaje que apareció en una popular novela fantástica la semana pasada y que pretende revelar la existencia de una sociedad secreta mágica encabezada por Johannes Gutenberg.

La biblioteca está cerrada en forma indefinida por refacciones. La biblioteca del Congreso de Estados Unidos ha ofrecido enviar un equipo de bibliotecarios especializados en libros exóticos a Beijing para que colaboren en la restauración de las obras.